

Han hablado las más altas autoridades religiosas de nuestro país



Se ha dado a publicidad una Pastoral Colectiva del Venerable Episcopado Argentino, en la que se fija la posición de los católicos de nuestro país, ante la actual situación creada, como consecuencia de la guerra mundial. Se fijan además normas para mantenerse equidistante de los bandos en lucha y se condena al liberalismo, al socialismo, al comunismo, al totalitarismo y al racismo,

“El cardenal primado, los arzobispos y obispos de la República Argentina, al clero secular y regular de nuestras diócesis y a todos nuestros amados fieles.

Salud y paz en el Señor.

En esta hora terrible de confusión y de tinieblas, hemos creído de nuestro deber, amados hijos nuestros, recordaros algunas verdades fundamentales, a las cuales es preciso asirse fuertemente para evitar



— todos errores contrarios a la Iglesia Católica. Se invita en cambio a elevar oraciones por la pacificación de las naciones; que en todos los pueblos hay hijos de la Iglesia, a quienes abraza con igual amor. Además, para ser dignos de la paz que Dios ha brindado a nuestra Patria, impongámonos la moderación en las costumbres.

¿Esperábamos normas? Jesucristo, Nuestro Señor, dijo: “**Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha**”... Han hablado las altas autoridades de la Iglesia: meditemos, sin retaceos, sus enseñanzas, que AMICITIA copia **textualmente**, conciente de llevar la claridad y firmeza a las jóvenes universitarias que, sinceras con la Fe, querían actuar de acuerdo con esa Fe salvadora.

La Pastoral Colectiva a que nos referimos dice así:

extravíos dolorosos e irremediables.

Principios básicos—

No hay orientación posible sino en Jesucristo; porque El es la Verdad; la Verdad total; la Verdad sustancial y subsistente. “Nadie puede poner otra base, dice San Pablo, sino la que ha sido puesta, que es Cristo Jesús”.

Pero la Verdad, que es Cristo, sólo se encuentra en la Iglesia, a la cual Jesucristo ha comunicado su vida y de la cual es Cabeza. De lo cual se deduce que no hay unidad firme y estable para los hombres si no es en Jesucristo. Porque la unidad entre los hombres está constituida por la armonía de las inteligencias, por la armonía de los voluntades y por la coordinación en el esfuerzo común. Ahora bien: la armonía de las inteligencias sólo es posi-

ble dentro de la verdad. Absurdo sería imaginar armonía estable fundada en el error. Igualmente: la armonía de las voluntades sólo puede realizarse dentro de la virtud y la justicia; pues no se concibe armonía perfecta dentro de lo que es vicioso o criminal o injusto. Y por idéntico motivo el esfuerzo común sólo puede coordinarse cuando tiene el bien como móvil y la verdad como principio.

Mas la Iglesia, depositaria de estos bienes, sólo se propone orientar al hombre hacia sus destinos inmortales; y de este modo, los ojos levantados hacia la eternidad, no mira lo transitorio y caduco, lo que pasa con el tiempo y perece con lo que es mortal. Situada en una esfera superior, las formas sociales y los sistemas de gobierno están fuera de su órbita; y en tanto entra con ellos en contacto en cuanto ellos sustentan un error, o en cuanto el tesoro de su verdad sirve de orientación a aquello que en las formas de gobierno implica un principio de moral, de equidad o de justicia.

Es así como la Iglesia respeta las formas de gobierno que legítimamente se han dado los pueblos mientras que condena las doctrinas que atentan contra su divina misión en este mundo.

Con la Iglesia, pues, condenamos el liberalismo que ha conducido a los pueblos a la disolución y a la anarquía, a causa del abuso de la libertad que ha tutelado. Condenamos el socialismo y el comunismo, que son la negación de toda la dogmática y de toda la moral del cristianismo. Condenamos el totalitarismo en todas sus formas, pues atenta contra la dignidad humana, despojando al hombre del don esencial de su libertad, y el racismo materialista que es la negación de todo el orden espiritual.

Mas la Iglesia que condena los errores, anhela salvar a los individuos y devolver la paz a las naciones. En todos los pue-

blos hay hijos de la Iglesia, a quienes abraza con igual amor.

Exhortamos, por tanto, a nuestros amados hijos a sentir con la Iglesia, colocándose en el plano superior en que ella vive. No es lícito a los hijos de la Iglesia romper el vínculo de la paz, del amor y de la caridad, en que todos debemos vivir unidos, con banderías que separan los corazones y rompen la unidad. Menos les es lícito pretender embarcar a la Iglesia en las banderías de sus preferencias individuales, sino que, guardando para si sus preferencias, deben obrar frente a sus semejantes situándose en la órbita superior en que se mueve la Iglesia.

Siendo esta la sincera doctrina de la Iglesia, os rogamos, amados hijos nuestros, que no prestéis oídos a los rumores que con frecuencia pretenden presentar a vuestros sacerdotes y a vuestros pastores en disidencia con estas elementales normas, desvirtuando, así su alta misión de pregonero de la verdad.

Nuestros fieles deben alentar en sus corazones un sincero amor de Patria, que implica un celoso cuidado por conservar la armonía que es base de la paz, como también un cariñoso respeto a sus instituciones básicas que hemos heredado de los que fundaron nuestra nacionalidad, sin dejar de lado su posible perfeccionamiento en el futuro por vías legales.

Ante el desastre de la guerra.—

El amor de Patria no está reñido con el amor de la humanidad, sino que al contrario en su condición esencial. Así, pues, la horrorosa catástrofe que ha envuelto el planeta en un mar de sangre y de lágrimas; este dolor inmenso que tortura a la humanidad toda entera no puede sernos indiferente.

Ante todo se impone la oración asidua, intensa, dolorida: la oración de los Sa-

cerdotes; la oración de las vírgenes de Dios: la oración de los niños inocentes; la oración de todos los fieles. Pero nuestra oración no será suficiente si no va unida a ella la necesaria reparación. A las grandes catástrofes siempre han precedido las grandes aberraciones, los grandes escándalos y las grandes apostasias. Para los hombres que no quisieron tener otra ley que los caprichos de su libertad desenfrenada fué un estorbo la Iglesia, como lo fué la conciencia y como lo fué Dios. Pero los hombres sin Iglesia, sin conciencia y sin Dios se encontraron pronto apisionados en su egoísmo y en sus concupiscencias, para quienes no hay Sociedad jamás. La atracción de lo elevado, de lo espiritual, de lo ideal, fué perdiendo eficacia en sus almas; y la gravedad de la materia los fué precipitando cada vez más en lo abyecto del vicio hasta llegar a las más monstruosas aberraciones. Fué desterrado Dios de las leyes, de los tratados internacionales y hasta de las escuelas; y el frenesí del placer y de la voluptuosidad fué la norma de las costumbres privadas. El trueno de la justicia de Dios se hizo sentir entonces y el incendio estalló en todos los ángulos del planeta. No fué otra la causa del diluvio: toda carne había corrompido su camino, **Omnis caro corrumpat viam suam**. Ni fué otra la causa de la destrucción de Sodoma y Gomorra por el incendio que descendió del cielo.

La paz que Dios ha brindado a nuestra Patria es un bien inapreciable. Pero si hemos de ser dignos de ella y si hemos de cooperar a la paz del mundo, será necesario que nos imponamos la morigeración

de las costumbres como un ineludible deber en esta hora de las divinas venganzas. No es tolerable que las madres olviden su deber primordial y no tengan otra norma que el placer. No es tolerable la licencia que ha invadido todos los reductos y que tiene su culminación en las playas. No es siquiera humano que mientras la humanidad se retuerce en una agonía de muerte se entregue nuestro pueblo a las danzas licenciosas y a ilícitas diversiones. Mas para el cristiano, para quien la abnegación es la norma de su vida y la expresión de su fe, no basta la abstención de lo ilícito; sino que debe practicar la mortificación y la penitencia conforme a lo que Jesucristo ha enseñado: "Si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente".

Sólo de este modo haremos descender sobre nosotros las bendiciones de Dios.

Visión del Porvenir

Una humanidad nueva ha de venir, purificada en la sangre y aleccionada en el dolor; porque la disyuntiva no es otra que pugnar por elevarse de nuevo hacia lo alto, o perecer. Y como la elevación hacia lo alto no es posible sino con Cristo y en Cristo, la humanidad ha de abrazarse de nuevo con Cristo, retornando a El, desengañada, humillada y arrepentida, como el pródigo del Evangelio.

En El encontrará la armonía, que sólo es posible en la verdad y en el bien; y dentro de la armonía y de la unidad, recobrará la paz.

EN NAVIDAD empieza Cristo a reinar en el mundo. Nace para reinar, pero para reinar en los corazones de todos los que lo buscan, conocen y aman: para reinar en los corazones de todos los hombres de buena voluntad.

Tan sólo los verdaderos hijos de la Iglesia podemos preparar y procurar el advenimiento de esta nueva humanidad; y para ello es preciso la profesión, valiente e íntegral de nuestra fe y la rectitud inalterable de nuestra vida.

Conclusión

Convenceos por tanto amados hijos nuestros, que estáis en posesión de la verdad que ha de traer las grandes soluciones. Profesad y difundid valientemente vuestra fe. Elevaos sobre todo interés mezquino y sobre todo lo que es transitorio y caduco, para pensar y sentir con la Iglesia y con el Papa, faro a donde toda la humanidad levanta sus miradas angustiadas en esta hora crucial del mundo. Sea conforme a vuestra fe, vuestra vida pública y privada. Y realizad la honestidad perfecta, la rectitud inflexible, la justicia total y la caridad iluminada que convence y salva. Os recomendamos especialmente a vosotros, socios y socias de la Acción Católica, que sois nuestros colaboradores inmediatos y el instrumento providencial puesto en manos de la Jerarquía para restaurar el reino de Cristo, el exacto cumplimiento de estas nuestras normas, de tal modo que adheridos siempre y en todo a la Jerarquía, alejados de toda otra bandera que no sea la de Cristo y teniendo como anhelo supremo restaurar su reino en nuestra Patria, penséis con el Papa, sintáis con el Papa y obréis con el Papa.

Entre tanto, en prenda de celestiales gracias y con más fervor que nunca, os impartimos de lo más profundo de nuestros corazones, nuestra paternal bendición en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en Buenos Aires, a 15 de diciembre de 1942.

† SANTIAGO LUIS, cardenal arzobispo de Buenos Aires y primado de la Argentina; -|- Fermín, arzobispo de Córdoba; -|- Nicolás, arzobispo de Santa Fe; -|- Zenobio, arzobispo de Paraná; -|- Roberto, arzobispo de Salta; -|- Juan, arzobispo de La Plata; -|- Audino, arzobispo de San Juan; -|- Nicolás, obispo de Resistencia; -|- Dionisio, obispo de San Luis; -|- Agustín, obispo de Tucumán; -|- Leopoldo, obispo de Río Cuarto; Nicolás, obispo de Viedma; -|- César, obispo de Azul; -|- Leandro, obispo de Bahía Blanca; -|- Carlos, obispo de Catamarca; -|- Antonio, obispo de Rosario; -|- Froilán, obispo de La Rioja; -|- Francisco, obispo de Corrientes; -|- Enrique, obispo de Jujuy; -|- Anunciado, obispo de Mercedes; -|- José, obispo de Santiago del Estero; -|- Alfonso, obispo de Mendoza.

N. R.: Católicos, compenetrémonos de la doctrina de la Iglesia, leyendo y haciendo conocer esta Pastoral; y consultando las Encíclicas.

HACE veinte siglos que el **Hijo de Dios, el Verbo**, se hizo hombre y nació en Belén de Judea. No hay más que un Hombre a quien año por año, desde hace 2000 años, el mundo entero conmemora y celebra su nacimiento. Ese hombre es Dios, es Jesucristo.